

La memoria como objeto de estudio en las ciencias sociales

Juan David Villa Gómez, docente asociado de la Universidad Pontificia Bolivariana, Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, Sociedad y Trabajo (GIP)

Manuela Avendaño y María Camila Agudelo, asistentes de investigación en Semillero Interacciones, Universidad Pontificia Bolivariana

Resumen

Este artículo de revisión teórica hace un paneo sobre los estudios que se han realizado alrededor de la memoria colectiva (social, pública, histórica, según las disciplinas que la aborden) en el marco de las ciencias sociales. Se expone el problema que ha surgido de los estudios de la memoria en las diferentes disciplinas, los dilemas, discusiones y logros que se han obtenido a lo largo de los años y el reconocimiento de la importancia del lugar de la memoria en la construcción de la historia como configuradora de identidades colectivas, el fortalecimiento de procesos de emancipación y la reconstrucción del tejido social luego de situaciones de violencia política. El texto da cuenta del proceso dialéctico que se genera entre historia y memoria, evidenciando las críticas que la memoria hace a la historiografía oficial y las historias nacionales construidas en los siglos XIX y XX, puesto que posibilita la emergencia de discursos subterráneos, voces ocultas, versiones reprimidas, que pueden emerger desde la voz de los testigos en un esfuerzo por deconstruir estas historias oficiales. Finalmente, se expone por qué la memoria requiere de un diálogo entre las diversas ciencias sociales e implica un abordaje multi, inter y transdisciplinar.

Palabras clave:

memoria social, memoria histórica, historia, memoria colectiva, historiografía, ciencias sociales.

Introducción

El abordaje de la memoria social, colectiva o histórica como objeto y problema de estudio en la actualidad implica un nivel de complejidad, como la misma enunciación del significativo evidencia, que puede desbordar los límites de un texto como el que se presenta. Sin embargo, no es vana la tarea de intentar acercarse a este referente (como objeto y problema), puesto que juega un papel clave en muchas de las investigaciones de las ciencias sociales en el mundo; pero, además, como referente que ha servido para dar guía a muchas movilizaciones sociales y políticas que reivindican la recuperación de voces de la historia que han sido acalladas, olvidadas, borradas y sepultadas. Por tanto, como territorio de disputa y de poder (Jelin, 2002, 2014; Villa Gómez, 2009; Jaramillo Marín, 2012; Pearce, 2016) en la configuración de sociedades atravesadas por diversas formas de conflictos sociales, políticos o armados, la memoria colectiva juega un papel determinante y es un objeto privilegiado de los estudios y las investigaciones en las disciplinas sociales que no pueden permanecer al margen de estos procesos. Este tema se ha ampliado de tal manera durante los últimos años que ha implicado a múltiples investigadores pertenecientes a las diversas ramas de estas ciencias (Zelizer, 1995; Jedlowski, 2001; Vásquez, 2001; Jelin, 2002; Roudomotof, 2003; Aróstegui, 2004; Gaborit, 2006, 2007; Olick, 2007a; Wertsch & Roediger III, 2008; Till, 2008; Brown, 2008; Barrero, 2008, 2010; Jaramillo Marín, 2012; Alvarez, 2013; Aponte Otálvaro, 2013; Castillejo Cuéllar, 2010, 2013; Gentile, 2015).

Los autores, las investigaciones y los procesos académicos y científicos alrededor de este objeto de estudio pueden rastrearse y analizarse desde estas diversas y múltiples disciplinas de las ciencias sociales y humanas (Olick y Robbins, 1998; Rosa, Belleli y Bakhurst, 2000; Wertsch & Roediger III, 2008; Erll, 2012). Así pues, la psicología (Vásquez, 2001; Lira, 2007, 2010a, 2010b,

2012; Gaborit, 2007; Martín Beristain, 2008; Barrero, 2010; Villa Gómez, 2014; Sepúlveda, Sepúlveda, Piper Sharif y Troncoso, 2015), pasando por la sociología (Schwartz, 2000, 2016; Jelin, 2002, 2003, 2014; Olick, 2007, 2008; Soreck, 2011); la antropología (Castillo, 2000; Cole, 2004; Theidon, 2006; Ramos, 2010; Castillejo Cuéllar, 2010, 2013); la historia (Yerushalmi, 1982; Vidal-Naquet, 1996; Cuesta, 1998; Aróstegui, 2004; Erice, 2006; Aponte Otálvaro, 2013; Sánchez González, 2015); la crítica literaria (Campos Sánchez, 2001; Colmeiro, 2005; Cohen, 2006) y la filosofía (Todorov, 1995, 2001; Reyes Andreani, 2009; Agamben, 2009; Anrup, 2016), entre otras disciplinas, se han ocupado de este objeto y problema que tiene también referentes políticos en relación con la construcción de las identidades sociales de comunidades, pueblos y naciones (Villa Gómez y Barrera Machado, 2017). Por esta razón, en perspectiva epistemológica, también se ha abordado el tema de la memoria analizando la investigación científica como institución de saber y poder (Zelizer, 2008; Kitch, 2008). Por tanto, la memoria es un referente que además ha estado en ebullición en los últimos dos decenios del siglo XX y en el primero del siglo XXI.

Para comenzar a ahondar en el tema, es necesario hacer una pregunta: ¿ha sido siempre la memoria una temática de estudio de las ciencias sociales? Al parecer no ha sido así. Salvo los estudios de Halbwachs (1925/1994) y Blondel, entre otros pioneros, la memoria parecía ser un patrimonio exclusivo de la psicología hasta los años 80, cuando comienza a salir de los laboratorios para migrar a un campo más diverso, donde no se pretendía localizar en un lugar del cerebro, como una función neurocognitiva (Villa Gómez y Avendaño Ramírez, 2017). De ahí que, a inicios de los años 80, se comiencen a recuperar los estudios de Halbwachs, la filosofía de Benjamin (Maura, 2016), los trabajos de Blondel y emerjan de forma más prolífica los estudios de memoria colectiva, social, política, cultural, histórica,

etc. hasta llegar a la contemporaneidad, donde se ha llegado a lo que diversos autores denominan un exceso o *boom* de memoria (Traverso, 1997; Norá 1998; Huyssen, 2002; Juliá, 2003; Bell, 2003; Aróstegui, 2004; Colmeiro, 2005; Winter, 2006; Rabotnikof, 2010; Miztal, 2003; Jaramillo Marín, 2012).

Existen dos posturas para explicar las causas de la explosión de los estudios de la memoria a partir de los años 80: unos autores le atribuyen causalidad al multiculturalismo de las sociedades posmodernas, donde la memoria sería una forma de anclarse en las propias culturas, recuperar los propios valores y tradiciones en medio de sociedades complejas (Kammen, 1995; Schwartz, 1996, 2016); donde la identidad colectiva consensuada y cohesionada se fracciona, generando una necesidad de regresar al pasado para la construcción de nuevas y diversas identidades (Palacios Mena, 2017).

Otros autores (Goldhagen, 1997; Bauman, 1989; Moreno Luzón, 1999; Bischofing & Kalmin, 1999; Rodríguez Jiménez, 2000; Ricoeur, 2003; Vidal-Naquet, 2005; Reyes Andreani, 2009; Bustos, 2010; Pasol, 2014; entre otros) consideran que el origen de este *boom* se localiza en la disputa entre los historiadores alemanes en la década de los 80 en torno al holocausto y la idea negacionista o revisionista sobre el horror ocurrido alrededor de la ideología nacional-socialista (Nolte, 1983 en Moreno Luzón, 1999), sustentada en la supuesta inexistencia de evidencia empírica archivística y documental sobre los hechos. Esto disparó, desde Habermas (1988), una ola de trabajo sobre la memoria y la profusión de literatura testimonial; investigaciones desde varias disciplinas en torno a la memoria y la historia del holocausto, ante el temor de que una nueva historiografía pudiera borrar las huellas de lo que había sucedido (Baer, 2011; Weschler, 2015; Bokser, 2017). Esta ola fue transmitida a América Latina en la necesidad de hacer memoria sobre el horror vivido durante las dictaduras del Cono Sur (Jensen, 2004; Jelin

y Kaufman, 2006; Oberti, 2008; Lira, 2009, 2010a, 2010b; Maya, 2010; Mastropaolo, 2013; Vallejo Fonseca, 2015; etc.).

Este *boom* puede tener elementos tan pintorescos como la alusión que hace Olick (2007) a las referencias en Google sobre el tema: en el año 1998, eran menos de 500,000; en el año 2007, aumentó la cifra a 1,070,000 referencias; pero, a 2018, podemos encontrar 1,950,000 referencias en el tema de memoria colectiva: 8,440,000 para memoria histórica y 1,300,000 para memoria cultural; solo para referir los tres términos más comunes que son utilizados para abordar el objeto de estudio de esta investigación. Este ha sido un crecimiento tipo metástasis, que no ha permitido el ordenamiento del campo de estudio ni una definición clara. Así pues, Olick & Robbins (1998), Jansen (2007), Olick (2008), Wertsch & Roediger III (2008), Campbell (2008), Wang (2008) y Calise (2011) identifican varios problemas en el estudio de la memoria:

1. Hay una enorme riqueza de materiales ligados a contextos particulares que no permiten su estudio, o hay estudios marginales en muchos países del sur que no son conocidos ni difundidos ni reconocidos en espacios académicos de los países del norte.
2. Es un problema multidisciplinar, pero aún no se logran encontrar elementos comunes entre las disciplinas que posibiliten mayor cantidad de estudios interdisciplinarios o transdisciplinarios.
3. La polisemia del concepto, como ya se ha indicado, hace que muchos utilicen el término memoria y memoria colectiva refiriéndose a múltiples elementos de la realidad, que en muchos casos no tienen el mismo referente ontológico ni el mismo estatuto epistemológico.
4. No hay acuerdos en las líneas de investigación ni en la tradición del campo de estudio.

Este problema de la memoria social, colectiva e histórica ha sido manifestado por

diversos académicos de las ciencias sociales, refiriendo que sus límites son poco claros (Radstone, 2008) y que hay una serie de tensiones dentro de los procesos académicos y cívicos que obstaculizan su estudio (Jelin, 2003, 2014; Castillejo Cuéllar, 2013). En consecuencia, el problema de la memoria colectiva no es perteneciente exclusivamente a una disciplina académica, sino que concierne a todos los saberes sociales; además, tiene un carácter público, pues la memoria se construye a partir de y pertenece a la conformación de identidades dentro de la vida cotidiana de los sujetos y colectivos (Rosa, Bellelli y Bakhurst, 2000; Erice, 2006; Maya, 2010; Sepúlveda, Sepúlveda, Piper Sharif y Troncoso, 2015; Villa Gómez y Barrera Machado, 2017).

Así pues, los límites dentro del estudio de la memoria no son claros. En algunos momentos, desde la perspectiva sociopolítica, pueden identificarse una gran cantidad de investigaciones rigurosas que dan cuenta del papel de la memoria en los escenarios de construcción de identidades, discursos, justificaciones y proyectos de tipo político (Anderson, 1983; Lowenthal, 1988; Hobsbawm & Ranger, 1983; Wittlinger, 2007; Maya, 2010; Bar-Tal, 2003, 2013; Hammack & Pilecki, 2015; Villa Gómez y Barrera Machado, 2017). Pero también se registra la memoria como portadora de resistencias, cambios, luchas por la justicia y expresión de minorías; como portadora de un sentido ético-político que devela lo oculto y permite la emergencia pública de los vencidos, las víctimas, los oprimidos y los excluidos en el marco de luchas sociales y políticas (Armstrong & Cragg, 2006; Lira, 2007, 2012; Martín Beristain, 2008; Gaborit, 2007; Reyes Andreani, 2009; Jaramillo Marín, 2012; Villa Gómez, 2013; Jelin, 2014; Pearce, 2016; etc.).

Es precisamente en este marco epistémico y político que se ubica la presente investigación, en donde se ha ahondado en estudios de la memoria que dan voz y lugar

a los discursos silenciados por la historia oficial; relatos y testimonios que han sido invalidados, silenciados y menospreciados dentro del estudio riguroso de las ciencias sociales. En esta, se intenta evidenciar una mirada ampliada de la investigación sobre memoria social, colectiva, memoria histórica, desde las ciencias sociales y en contextos sociopolíticos, realizando un inventario de investigaciones sobre el tema, desde una visión panorámica que permite abordar los principales problemas, preguntas, discusiones y líneas de investigación de la memoria, en la búsqueda de sustentar la necesidad de un abordaje de esta, no como un tema de investigación perteneciente a una sola disciplina, sino que requiere de un tratamiento trans e interdisciplinar.

Breve historia de “la memoria” como objeto de las ciencias sociales

Ricoeur (2003) identifica los primeros estudios de memoria en Platón y Aristóteles. En Platón, la memoria hace referencia a la presencia de “una cosa ausente”, lo cual trae la pregunta por la verdad de la memoria, puesto que la cosa está ausente y, por lo tanto, no tiene su referente concreto que permita afirmar su veracidad. Aristóteles dirá que la memoria es del pasado, introduciendo la distinción temporal. Es decir, se recuerda lo que ya ha sido en el tiempo, y lo contrasta con lo que no ha sido, que indica el futuro y que se nombra en la conjetura. Finalmente, trae la distinción etimológica de la lengua griega entre *mneme*, como un recuerdo que es *pathos*, que se padece, que es pasivo; la reminiscencia, que implica el cómo se recuerda (el proceso interno) y la anamnesis, que implica reflexión y una praxis, realizada y ejecutada por un sujeto. Esto comprende hábito y elección, es decir, un “poder buscar” qué es nuestro, con un punto de partida que es la intención de explorar el pasado.

Por su parte, Le-Goff (1991) identifica cinco fases en el desarrollo de la conciencia

de la memoria, cinco formas de comprenderla, enunciarla y vivirla, en la humanidad:

1. La memoria étnica, propia de sociedades sin escritura: libre, creativa y vital.
2. La etapa de la documentación y la conmemoración, que implica la aparición de la escritura, la conservación escrita de la cultura.
3. La mnemotecnología, donde aparece una memoria circular y cronológica y un énfasis en las técnicas de memorización.
4. Nacen los archivos, las bibliotecas y los museos nacionales con el fin de constituir una identidad compartida. Es el momento en que se ligan memoria colectiva e identidad colectiva (principalmente identidad nacional, en los siglos XIX y XX).
5. Finalmente, en la etapa actual con el desarrollo de los medios de transmisión de la información que están cambiando nuestras formas de recordar, aparecen nuevas formas de conceptualización de la memoria, llegando a la exacerbación de los estudios de esta, precisamente porque nuestra capacidad de recordar está en crisis en la era posmoderna.

Por su parte, Olick (1998) y Erll (2012) identifican el arte de la mnemónica, *ars memoriae*, entre los romanos y en el medioevo, que se desarrollaron en relación con la retórica, donde se estudiaba el “cómo” memorizar. Ahora bien, en estos estudios y referencias a la antigüedad, que además en su mayoría son abordados en el último decenio, no puede afirmarse que la memoria es el objeto de una disciplina, salvo en los estudios de Platón y Aristóteles, sino una práctica de los seres humanos y de las culturas que es puesta en evidencia por los autores referenciados. Por tanto, se hace necesario rastrear los orígenes de los estudios de memoria en la época moderna antes de la explosión y saturación que se ha vivido en los últimos 30 años.

Ya desde el final del siglo XIX, se empieza a estudiar el “qué” de la memoria: “Mientras Freud y otros pensadores veían en la memoria un manantial del alma, la tradición durkhei-

miana concebía la memoria colectiva como un hecho social que confiere identidad a los individuos y a los grupos” (Olick, 1998, p. 122). Pero el problema de la “memoria colectiva” como objeto de estudio de las ciencias sociales se remonta a los comienzos del siglo XX.

La primera nominación la realiza Hugo von Hofmannsthal en 1902, en el marco de estudios literarios (Olick, 1998); para estos autores, lo que hizo posible que la memoria se hiciera objeto de las ciencias sociales fue el giro en la concepción del tiempo que se operó con la entrada en vigor de la modernidad (Pasol, 2014). En efecto, la concepción del tiempo lineal, la idea de progreso, la evolución y el transcurrir del tiempo entre pasado, presente y futuro hacia una situación de perfectibilidad es lo que hace visible una mirada al pasado, haciéndose objeto de estudio, posibilitando el nacimiento de la historia y con ella, de la mano, la memoria colectiva.

De este modo, el marco del concepto lo aporta Emile Durkheim (1912/1982) en *Las formas elementales de la vida religiosa*, donde identifica de qué manera los rituales conmemorativos de orden religioso tienen un efecto en la cohesión de los colectivos, en el reforzamiento de sus tradiciones, sus valores y su identidad. Así, en la tradición de la sociología, su discípulo Maurice Halbwachs (1925/1994) recoge esta idea y afirma que la memoria no es propiedad de la mente, sino una elaboración social que se desarrolla de acuerdo con marcos sociales: el recuerdo se hace desde un lugar, desde una historia que es la confluencia de la experiencia del sujeto con unos modos, normas, valores culturales, relaciones, marcos institucionales que lo habitan y le permiten conocer (percibir, pensar el mundo) y, al conocerlo, reconocerlo y recordarlo; esto en el marco de relaciones significativas, en un espacio y un tiempo concretos, determinados, socialmente definidos y delimitados, desde el punto de vista de uno o varios grupos sociales que confluyen en la persona.

Olick (2007), en el campo de la sociología, identifica algunos trabajos pioneros en la escuela del interaccionismo simbólico, particularmente en el texto de George Mead (1929) *La naturaleza del pasado*, donde plantea que el recuerdo se produce en un contexto social y de interacción comunicativa; no es natural, sino una producción simbólica. De otro lado, y desde la mirada de la historia, Hobsbawm y Ranger (1983) también plantean el problema de la memoria en relación con la invención y la construcción de tradiciones que han posibilitado la construcción de colectivos, y de los Estados-nación. En concreto, uno de los primeros autores que utiliza el concepto de "memoria colectiva" en sociología contemporánea es Barry Schwartz, en 1982, en un estudio sobre "el contexto social de las conmemoraciones". Otro es David Lowenthal (1988) con *The Past is a Foreign Country*.

De acuerdo con Jedlowski (2000), los sociólogos entienden por "memoria colectiva" "el conjunto de las representaciones del pasado que un colectivo produce, conserva, elabora y transmite a través de la interacción de sus miembros" (p. 125) y la sociología le atribuye tres características: en primer lugar, que está inscrita en marcos de referencia colectivos, de los cuales el principal es el lenguaje; en segundo lugar, tanto la memoria individual como la de grupos conserva el pasado a través de procesos de selección e interpretación, por ello se acepta que la memoria es reconstrucción; y, finalmente, la memoria colectiva cumple una función para la formación de la identidad de un grupo social.

Olick & Robbins (1998) ubican a Evans-Pitchard como precursor de los trabajos de memoria en antropología. Este autor desarrolla la noción de amnesia estructural, trabajando el olvido sistemático de un grupo de pastores en Sudán. Más adelante, se considera que el olvido sistemático era una parte fundamental del procedimiento científico; Mary Douglas (1986) trabajó la institución social del olvido y la amnesia estructural instigada

(Middleton y Edwards, 1990; Vásquez, 2001; Ramos, 2011).

También Olick & Robbins (1998) identificaron la Escuela de los Annales, en Francia, como precursores de los trabajos de memoria en la historia, tradición que recogerán, a finales de los años 70 y principios de los años 80, Jacques Le-Goff (1991) y Pierre Norá (1998), convirtiendo la memoria en un objeto de estudio de la ciencia histórica y la historiografía. En otra vertiente, la escuela de la historia oral y la memoria popular (Thompson, 1988; Passerini, 1992) acudió a la investigación histórica a partir del testimonio oral, la historia de vida y los relatos de los sujetos en sus contextos.

Aunque el estudio de la memoria colectiva debería ser interdisciplinario y transdisciplinario (Cuesta, 1998; Acosta, Del Río y Valcuende, 2007; Chartier, 2017), algunos autores consideran que es un asunto básicamente de la psicología y la historia (Kansteiner, 2008), y otros la limitan a un estudio único de la historia (Anderson, 1983; Koselleck, 1993). Debido a la evidente relación de la memoria con la historia, se hace necesario realizar una breve mirada al estudio de la memoria por parte de los historiadores, abordando el problema de las relaciones entre memoria e historia.

Historia y memoria

Erice (2006) identifica tres antecedentes del *boom* de memoria en la ciencia histórica: en primer lugar, los estudios sociológicos de Halbwachs (1950/2008), que afirma que la memoria solo es posible dentro de unos marcos sociales y contextuales, pero que Erice cuestiona por su estructuralismo, su no visión de las relaciones de poder y su no visión de las relaciones de la memoria con el trauma. A pesar de esto, los estudios de este autor son antecedentes en todas las ciencias sociales.

En segundo lugar, aborda la corriente histórica posmoderna (Thompson, 1988;

Passerini, 1992), que trae consigo el giro epistemológico que se dio en las ciencias sociales: el giro subjetivista que pone de relieve la experiencia subjetiva en cuanto trama narrativa; el giro hermenéutico que implica adentrarse en la vida real como relato sujeto de interpretación, como contexto de producción de significados; y el giro lingüístico, que implicó superar las versiones mentalistas y esencialistas para ver los fenómenos humanos en torno de producciones lingüísticas, donde se analizan no los datos, sino los relatos (Erice, 2006).

Y, en tercer lugar, la historia de las mentalidades que liga memoria e ideología, y abre camino a los estudios sobre la dimensión social del recuerdo, las memorias como hábitos, la memoria incorporada a artefactos socialmente producidos (repertorios de memoria) y las memorias de grupos sociales como sujetos colectivos: si la memoria es colectivamente determinada, será también ideológicamente marcada (Erice, 2006). Es decir, hace parte de las ideologías y de las relaciones de poder, de los “presupuestos” y los “por supuestos” de una sociedad que son encarnados por un sujeto concreto (Martín-Baró, 1998).

Por su parte, Olick (1998) intenta hacer una revisión histórica de la memoria como objeto de la disciplina histórica y como producto sociológico. Recorre varias épocas y varias formas de análisis. Para definir que la emergencia de la memoria como acción social de representación del pasado surge en la modernidad, ante la concepción lineal del tiempo, implicando la revisión de un pasado en la construcción del futuro en un espacio público donde puede entrar a competir por estas visiones. También en la época posmoderna de fragmentación hay una búsqueda de memorias, pero ahora no englobadas en el discurso “absolutista del Estado”, puesto que este no pudo responder al problema de múltiples identidades en contextos complejos. Así pues, los relatos de memoria son más parciales y más locales, pero siguen respon-

diendo a búsquedas identitarias y a formas de comprensión de las subjetividades individuales y colectivas en el marco de la historia (Chartier, 2017).

También se dice que Halbwachs (1950/2008) es quien inaugura la discusión entre memoria e historia, diferenciando en primer lugar entre “memoria colectiva” y “memoria histórica” (Kriger, 2016). Él dirá que la memoria colectiva se transmite por la vía de la conversación cotidiana, mientras que la memoria histórica implica la historia, es decir, el recuerdo de hechos y situaciones que han sido mediadas por los estudios históricos, pero que se implantan en los relatos de una colectividad. Y cuando se hace historia, implica que ya no existe nadie para contar las memorias. Así, la memoria se desarrolla en el ámbito de la sociedad, en la vida cotidiana; mientras que la historia es un asunto de un ámbito disciplinar.

La memoria se teje como narrativa y relato continuo, donde no se demarcan etapas ni divisiones que distancian, mientras que la historia se fundamenta en una mirada analítica que separa, divide, disecciona. Por ello, se afirma que la memoria es de lo vivo, mientras la historia es de lo muerto, lo que ya ha pasado. La memoria es una lectura del pasado a la luz del presente, mientras que la historia es una lectura de ese pasado desde las fuentes que ese pasado deja (Sepúlveda, Sepúlveda, Piper Sharif y Troncoso, 2015; Pearce, 2016). Finalmente, tienen dos dominios de conocimiento diferentes: la memoria busca en el interior del acontecimiento, favorece el sentido de la pertenencia y su objetivo es la fidelidad del relato. Mientras que la historia procede críticamente, toma distancia del objeto abordándolo externamente y favorece un estatuto de verdad (Halbwachs, 1950/2008; Norá, 1997). En este sentido, Connerton (2009) dirá que hay una clara distinción entre historia y memoria social. La primera está más vinculada al texto; la segunda, más vinculada a lo corporal y al

performance; aunque ambas pueden estarse alimentando de forma interactiva.

Pierre Norá (1997) también habla del afán conmemorativo a finales del siglo XX, y lo atribuye a una pérdida de la memoria como construcción social e identitaria que se da en una sociedad tradicional, dentro de la interacción cotidiana. En este momento, esto que se llama memoria es para el autor más cercano al modelo de historia nacional de los Estados. Para él (Norá, 1997), la memoria es más un marco que un contenido. Un marco que se “encarna” en el lugar, significa tradiciones, costumbres, usos y cubre un campo que va de la conciencia a la semiinconsciencia.

Por su parte, Rosa, Blanco, Travieso y Huertas (2000) y Quintar (2015) afirman que la memoria y la historia están sujetas a una continua co-construcción que se debe negociar entre los miembros de la colectividad que define cuáles son sus hechos memorables, historiables, con significación y que marcan su futuro. Kasteiner (2002) considera que las relaciones entre memoria e historia son un reto epistemológico importante; y Vásquez (2001), sin ser historiador, considera que estas relaciones han sido problemáticas, por lo que pueden encontrarse tres vertientes en las que los historiadores han abordado la memoria, a las que puede añadirse una cuarta. Estas líneas de relación entre memoria e historia serán abordadas a continuación:

a. Los que consideran que la memoria es “mito” y la historia “ciencia”

Estos hacen una diferenciación absoluta desde la historia en detrimento de la memoria. Para estos autores, la memoria no se acerca a la verdad ni la pretende, es manipulable y manipulada, no proporciona un conocimiento certero. Ellos tienden a descartarla, a no tomarla en cuenta y a asumirla simplemente como excedente social, movimiento público que reivindica derechos o estrategia política.

Por lo tanto, no es ni objeto de la historia ni productora de un saber científico¹.

Dentro de esta corriente, se reconocen también los autores que plantean que existe un exceso de memoria. Huyssen (2002) y Santos (2006) afirman que hay una hipertrofia de memoria debido a una aceleración del tiempo y de lo nuevo, que no permite siquiera vivirlo. Se vive en un presente continuo, donde el futuro y la utopía han quedado marginados. Frente a esto, el regreso nostálgico al pasado se convierte en alternativa. Expresan que hay una moda *kitsch* de la memoria, de los museos, de la conmemoración vacía, aunque desconocen que la historia académica ha tendido a distanciarse de la sociedad.

Según Vásquez (2001), el pasado se ha convertido en bien de consumo, lo que lo banaliza, lo que envía un mensaje de trivialidad y consumo acelerado. En este sentido, se trata de un mercado y de una espectacularización de la memoria, que lleva a estos historiadores (Huyssen, 2002) a considerar que esta “moda” puede ser objeto más de la sociología que de la historia. Y que, al final, a lo que responde es más a una necesidad del sistema neoliberal y de la globalización de legitimarse en sus propias contradicciones. Importa solamente lo nuevo, pero lo nuevo es ahora un objeto de consumo que evoca algo del pasado. No hay presente, no hay futuro, no hay pasado, solo consumo.

Desde otro horizonte, en el campo de lo político, para Bartosek (1998), en el contexto de la transición del comunismo a la democracia en los países de Europa del Este, la memoria es un patrimonio de los políticos en su tarea de construir la legitimidad de su poder y generar referentes identitarios para grandes capas de la población. Así pues, esta memoria se convierte en la aliada del poder político. Ahora bien, frente a esta memoria “mítica”, el autor sugiere que el

1 Se destacan algunos autores (Rousso, 1993 en Vásquez, 2001; Rousso, 2000; Todorov, 2001; Pécaut, 2003; Juliá, 2006; Casanova Ruiz, 2008).

trabajo de los historiadores debe seguirse manteniendo, constituyendo una “historia del tiempo presente”, para ir desvelando las complejidades históricas que le permitan a los pueblos acceder a las dimensiones ocultas y simplificadas de su historia desde los archivos, en un ejercicio de construcción de memoria colectiva que permita una conciencia histórica (Chartier, 2017).

Para algunos autores, incluso, la memoria no tiene nada que ver con la historia y de ninguna manera debería ser objeto de la misma. Es el caso de Ysás (2009), que tiene una mirada despectiva del movimiento de memoria y se concentra en la necesidad de una mirada histórica que permita la reflexión política, y de Joaquín Rodrigo (2006), que plantea una discusión sobre el concepto de memoria colectiva, memoria histórica y memoria social. Para este último autor, son conceptos que no son pertinentes, ni desde la psicología ni desde la historia. Para él, es oxímoron, puesto que no hay un ente orgánico que recuerde: no existe una mente colectiva; “memoria histórica” es un convencionalismo terminológico o un referente metafórico de una acción social de recuerdo o de representación social del pasado, realizada por grupos sociales.

Rodrigo (2006) acepta que hay unos usos de la memoria y reconoce en ellos una instrumentación del pasado para fines del presente que pueden llevar a la manipulación. Por ello reconoce la legitimidad de la necesidad de la expresión de la memoria, de forma “humanitaria”, cuando las víctimas de un conflicto o de violaciones de derechos humanos han sido silenciadas tanto por la represión, como por procesos de transición que han pactado el silencio por encima de las necesidades de estas víctimas; pero lo que cuestiona son los relatos que reivindican perspectivas políticas partidistas de estas acciones. Sin embargo, para algunos autores, el camino es hacer una historia crítica, más que memoria, apelando a una memoria de la utopía, de los procesos de resistencia y de la militancia política. En este

sentido se manifiesta en contra del victimismo y de la figura de la víctima como figura de memoria, por encima de la del militante y la del luchador.

Es muy probable que estos autores estén respondiendo a una tendencia muy fuerte: la de hacer pasar la memoria por historia, que ha sido una de las bases para la construcción de las historias nacionales, la invención de tradiciones y el acomodo de los hechos, las historias de héroes, luchas y victorias, que se utilizaron en el siglo XIX para afirmar algunas identidades. Se trata del proceso de construcción de la historia oficial, donde la memoria y la historia se ponen al servicio del poder, buscando la relación saber (verdad) con poder (historia oficial), de tal manera que se legitime una situación, que en muchos casos puede ser de dominación, explotación o legitimación de la violencia (Bar-Tal, 2003, 2013; Samanes y Quiroga, 2015; Sacavino, 2015; Laffond, 2015; Avendaño, 2017).

Este es el enfoque que abordan los autores enmarcados en la segunda y la tercera línea de esta problemática. Para ellos el problema de la memoria mitificada y al servicio de los poderes no se resuelve ignorándola, ni desconociendo su discurso, ni eliminándola como objeto de la historia o de las ciencias sociales; sino, por el contrario, estableciendo un diálogo entre dos órdenes diversos del saber y del conocimiento, o convirtiéndola en objeto disciplinar, respectivamente.

b. Los que consideran que la memoria es un complemento adecuado a la investigación de la historiografía

Quienes consideran la memoria como una fuente de información para la investigación, por un lado, la ven como un acceso privilegiado a la comprensión del pasado desde el presente, a través de los actores sociales vigentes (Thompson, 1988; Passerini, 1992; Pasol, 2014; Velasco Mesa, 2017); por el otro, como complemento a la investigación archivística y documental (Vidal-Naquet, 1987;

Ricoeur, 2003; Sánchez González, 2015). En el primer caso, se encuentra Thompson (1978/1988) como principal exponente, del cual resumimos sus principales postulados:

- La historia oral es fundamental para reconstruir las memorias de grupos vulnerables, marginados, que muchas veces no son recogidos en los archivos oficiales.
- Las estadísticas sociales no son más representativas de los hechos absolutos que las informaciones periodísticas, las cartas privadas, las autobiografías y los relatos orales, que también proporcionan significado social.
- Los problemas del testimonio oral, en cuanto posee los problemas de la memoria como cognición: el descarte, la selección, la reconstrucción, la omisión, etc., son formas de la memoria; pero estos hechos también pueden darse en otras fuentes de información.
- Los procesos recurrentes son mejor recordados que las incidencias concretas. También la gente incorpora narraciones de otros, noticias, en un proceso de construcción de memorias colectivas, llevando incluso a algunos a pensar que presenciaron un hecho, aunque no hayan estado en el mismo. La importancia del testimonio oral puede que no estriben en su correspondencia con los hechos, sino, precisamente, en su discrepancia.

Otro tema es el de las "memorias peligrosas" (Gaborit 2006, 2007; Zembylas y Bekeman, 2008; Villa Gómez, 2013, 2014; Sánchez González, 2015; Gentile, 2015; Pierce, 2016), es decir, aquellas que por su potencial pueden desenmascarar o desacreditar un poder de dominación que en su narrativa se ha autojustificado. Estas memorias son las de las víctimas, comunidades amenazadas que buscan un sentido de identidad común como forma de resistencia frente a episodios de división y conflicto, ante la pretensión del poder hegemónico de sumergirlos en el olvido. Para Velasco Mesa (2017), la historia tiene un papel fundamental en ayudar y acompañar los procesos

de clarificación, reparación y reivindicación de las víctimas durante las dictaduras y los conflictos armados; en este sentido, para el autor, se tiene que tomar una posición ética y política que implica develar las trampas de las historias míticas construidas por los detentadores del poder, los dictadores y las élites que pretenden en sus narrativas sepultar los discursos de los movimientos sociales que luchan por los derechos humanos. Así pues, la historia, además de aportar utilidad científica, contribuye a la construcción de unos valores éticos y morales, donde el testimonio de las víctimas y las narrativas de los movimientos sociales tienen un papel fundamental.

Por su parte, Magdalena González (2006) parte de una concepción de la memoria como objeto importante de estudio de la historiografía a través del método de la historia oral. Además, reconoce la legitimidad de la memoria como narrativa social que transmite valores; por lo tanto, el testimonio tiene un valor ético y pedagógico (Jaramillo Marín, 2012; Lira, 2012). Esta autora (González, 2006), dentro de su estudio en Cádiz (España), en relación con la guerra civil española entre 1936 y 1939, identifica tres generaciones: la de los abuelos (testigos), la de los padres (que se quedaron en silencio antes y después) y la de los nietos, que han explorado lo que pasó, siendo estos los principales participantes en el movimiento de memoria junto con sus abuelos. González (2006), junto con otros investigadores como Castillejo Cuéllar (2010, 2013), Jelin (2014), Bacci, Oberti y Skura (2016), Sutton (2015) y Faúndez y Hatibovic (2016) reconocen el riesgo de construir memorias míticas y unilineales, por eso creen que en un espacio más amplio de discusión y reclamación se pueden abrir escenarios para una memoria colectiva más amplia.

Desde otro punto, se encuentran los trabajos de algunos autores que buscan realizar una mirada histórico-crítica de la memoria, reconociéndole un potencial de conocimiento, paralelo pero diferente al de la historia (Siegel, 2002; Kasteiner, 2002;

Assmann, 2008). Entre estos estudiosos se encuentran Yerushalmi (1982), Pierre Vidal-Naquet (1996), Yael Zerubavel (1997) y Eviatar Zerubavel (2003), cuyo objetivo investigativo es la separación entre la historiografía y la memoria colectiva. Esta separación es fundamental en el caso judío y el análisis del holocausto, tan estudiado por dichos autores.

Yerushalmi (1982) muestra cómo la identidad de los judíos se ha mantenido a lo largo de los siglos como una representación del pasado de un grupo que lega tanto el lenguaje como la memoria transpersonal. No obstante, ello no implica la creencia en una mente o inconscientes colectivos; se trata de relatos que se instauran en un grupo y se transmiten de generación en generación. Este autor plantea que la historia puede aportar a la construcción de una memoria que pueda desmitificar ciertos aspectos y que sea útil a significados que no prolonguen la violencia. Pero, al mismo tiempo, reconoce un estatuto de verdad diferente a la memoria, centrado más en la coherencia, la consistencia y la integridad.

De otro lado, Vidal-Naquet (1996) afirma que es preciso formular la verdad histórica, no desde las ciencias positivas, como adecuación y correspondencia entre descripción y hecho, sino como lo formula Kant sobre la "cosa en sí": sabemos de ella, pero no podemos alcanzarla. De allí que Yerushalmi (1982) reconozca la necesidad de la historia como una manera de incluso "corregir" la memoria; pero, a su vez, reconoce que la memoria puede ser un vehículo para que los contenidos de la historia puedan hacer parte del bagaje cultural de un pueblo; es decir, superar el academicismo, ya que ambas producen relatos y estos son interpretaciones del pasado desde el presente. La principal diferencia de la memoria y la historiografía es su método (el uso del testimonio en la primera y de archivos y documentos en la segunda), por lo que, para lograr un complemento entre ambas, la mirada crítica en el análisis de las fuentes de información y los métodos es clave.

Desde allí, estos autores reconocen que un estatuto de verdad es necesario y esto lo marcan los métodos de la historia y los procesos de justicia. Así pues, Vidal-Naquet (1996), Jelin (2003, 2014), Jaramillo Marín (2013) y Pearce (2016), entre otros, añaden también, al tema de las disputas de memoria, las disputas de la historia; puesto que cada versión puede ser diferente y el historiador también va con sus intereses a la investigación. Por eso memoria e historia son complementarias, ya que, ante la presencia de documentos que pueden no ser fiables o manipulados, se requiere que el historiador amplíe su mirada y acepte la memoria como fuente y como recurso, y genere dicha complementariedad (Vidal-Naquet, 1996). Ante estos posibles casos de elementos historiográficos, como documentos y procesos que fueron eliminados, como las cámaras de gas que fueron destruidas en el holocausto, con lo que se buscaba borrar las huellas de hechos incontrovertibles, nace la importancia de la memoria con testimonios vivaces (Schmucler, 2002; Ricoeur, 2003; Agamben, 2009; Oberti, Bacci y Skura, 2010; Bacci, Oberti y Skura, 2016; Blair, 2016).

Erice (2006) y Erll (2012) afirman que tanto memoria como historia deben interactuar dialéctica y críticamente, puesto que hay límites y cercanías; pero son saberes que no pueden confundirse, sino complementarse. El primero, como saber con una clara afirmación ético-política; el segundo, como un saber académico. Zaretsky (2009) dirá que no basta con conocer el pasado (historia), sino que es necesario reconocerlo (memoria, dimensión ética). Porque lo que hace único y diferencial un suceso no es saber lo que pasó, sino la significación que se da de este, el reconocimiento del sentido del suceso, lo que implica la generación de actitudes y acciones concretas frente a ese pasado. Pero Velasco Mesa (2017) y Barros (2014) van más allá, cuando afirman que la historia debe desarrollar un compromiso ético y político con las víctimas, de tal manera que la memoria se convierta tanto en objeto como

en complemento de la historia, en la tarea de construir una ciencia histórica comprometida con los valores democráticos, que pueda ir de la mano con la justicia para evidenciar la sinrazón y el sinsentido de regímenes como el de la dictadura franquista en España, el holocausto, el genocidio armenio y las dictaduras en el Cono Sur.

c. Los que consideran que la memoria es un objeto de la historiografía

Autores como Cuesta (1998), Norá (1997, 1998), Huyssen (2002), Aróstegui (2004), Ruiz Torres (2006), Erlí (2012) y Sánchez González (2015), entre otros, consideran que el tema de la memoria colectiva es una realidad de estos tiempos y que, desde una perspectiva de "historia del tiempo presente", debe abordarse disciplinariamente y estudiarse a fondo.

Para Pierre Norá (1997, 1998), la solución está en hacer de la memoria un objeto de la historia; es decir, estudiar las formas como la memoria se ha cristalizado y anclado en lugares que pueden ser objeto del estudio historiográfico. Junto a él, uno de los primeros autores que aborda la memoria como objeto de la historia y la historiografía es Jacques Le-Goff (1991), que logra mostrar cómo memoria e historia han caminado de la mano. Ambos reconocen la polisemia del término desde los griegos y la multidisciplinariedad de su estudio. Le-Goff (1991), por su parte, diverge de la tendencia de separar memoria e historia en la historiografía moderna, y mantiene el principio de que la historia debe estudiar las memorias colectivas, especialmente aquellas que no están al lado del poder y que posibilitan transformación social y liberación del ser humano.

Por otro lado, Josefina Cuesta (1998) reconoce la memoria como campo en la historiografía y aborda diferentes temáticas: la memoria institucionalizada, el olvido, estudios sobre la antigüedad, etc. Un tema fundamental para la autora es el de lugares de memoria, que no son solo espaciales, ni

los que se recuerdan, sino aquellos en los que la memoria actúa (Melendo Carrascón, 2013; Montalbetti Solari, 2013). Por su parte, Brittan (1998) afirma que la historia crítica es fundamental para poder objetualizar e historizar estos relatos, que en muchos casos sirven para vehicular ideas políticas de dominación y ejercicio del poder, aun cuando se acuse a los historiadores de antipatriotas.

Dentro de esta misma línea, Aróstegui (2004) mostrará los límites y las posibilidades epistemológicas de la memoria en relación con la historia. Sin embargo, reconoce que algunas acciones de memoria pueden tener legitimidad ética y política, pero no pueden ir de la mano de la historia ni tener el mismo valor epistémico; porque esta, la ciencia histórica, revisa y, en muchos casos, corrige las memorias. Aunque acepta que la memoria puede ser vehículo de transmisión de la historia, y que, a su vez, la memoria, al recoger la experiencia, podría ser objeto de la historia, que se ocupa de esa experiencia vivida. Aróstegui (2004) le atribuye a la memoria valores subjetivos y relaciones con el poder, mientras que la historia sería una disciplina con un estatuto de verdad y una búsqueda de objetividad que escaparía de estos juegos de poder.

Sin embargo, la conservación de la memoria (...) no asegura necesariamente una historia más verídica, porque la memoria (...) es siempre subjetiva, representa una visión parcial, no contextualizada en su temporalidad, no objetuada (...). Es una prehistoria, materia de historia que debe ser historiada y, por tanto, sujeta a procesos de contrastación: identificación de fuentes idóneas, contextualización temporal, relativización, objetivación, construcción de un discurso metodológicamente fundamentado (como en cualquier fuente oral) (Aróstegui, 2004, pp. 33-35).

Ahora bien, Aróstegui (2004) ve dos puntos de encuentro fundamentales entre memoria e historia: la batalla contra el olvido, en donde el testimonio como fuente

tiene un papel fundamental, y la imposibilidad de ambas de contener en sí todo el pasado (Mendoza García, 2005, 2007, 2015; Castillejo Cuéllar, 2010). Es decir, ambas posibilitan una mirada al pasado, que, por sus características narrativas, no es totalizante ni absoluta, sino que están abiertas a nuevas enunciaciones y formas según su propio nivel epistémico: la historia, en el campo del debate científico, y la memoria, en la arena de lo público, en el escenario político, movida por actores o emprendedores de memoria (Jelin, 2002, 2014; Sánchez González, 2015).

Ortiz Heras (2006) parte de las carencias conceptuales y metodológicas con las que se está procediendo en la recuperación de la memoria histórica para pasar a sustentar la necesidad de una memoria social, que implique una conciencia histórica de los hechos relacionados con, por ejemplo, la guerra civil en España, entre otros eventos históricos y políticos donde muchas versiones alternas han sido borradas y sepultadas. Este autor, para el caso español, identifica siguiendo a Aróstegui (2004), tres discursos de memoria: el de los vencedores, el de la transición y, ahora, el de restitución y reparación. Cree que para que esta memoria se haga sólida debe acudir a la historia y a la historiografía como sus aliadas, debe centrarse en la construcción de democracia, inclusión, respeto de las libertades y los derechos en el presente (en línea de la memoria ejemplar de Todorov, 1995) y debe romper con mitificaciones que también se pueden dar desde los vencidos. En esta misma línea se mueven Aponte Otálvaro (2013) y Sánchez González (2015).

Con este mismo enfoque, pero en una línea que asume un compromiso más fuerte con las memorias silenciadas de las víctimas, Del Águila (2006) afirma que es importante reconceptualizar el término "memoria histórica", redefiniéndolo como "rememoración"; pero desde allí asume que estos procesos de rememoración son objeto de la historia como disciplina, en un compromiso claro de develar las memorias míticas y falseadas que se tejieron durante las graves violaciones a

los derechos humanos y los crímenes cometidos en las guerras y en las dictaduras, de tal manera que los testimonios de las víctimas y sobrevivientes tengan un lugar en la investigación histórica y en la redefinición de los hechos que puede hacer la disciplina (Lorenz, Marchesi, Stern, Winn, 2016; Avendaño, 2017).

d. Los que consideran la memoria como correctora de la historia

Además de las tres líneas en las que se relaciona la memoria con la historia, propuestas por Vásquez (2001), aparece una cuarta línea en la discusión entre historia y memoria. Algunos autores reconocen que la memoria ha venido a corregir la historia, y que, de una u otra forma, permite la emergencia de discursos olvidados, silenciados o reprimidos. Ellos comparten que el conocimiento no puede estar aislado de la realidad; por lo tanto, este debe estar comprometido con la transformación social, de tal manera que vinculen conocimiento y acción (praxis) (Loveman y Lira, 1999; Gaborit, 2006, 2007; Acosta, Del Río y Valcuende, 2008; Domenech, 2009).

Gerard Námer (1998), retomando a Halbwachs en *La memoria de los músicos*, afirma que la memoria histórica oral y la memoria colectiva son un contrapoder contra la historia y la memoria histórica oficial escrita, puesto que acciones de esta memoria oral implican una resistencia a la memoria social producida por la propaganda nacionalista. La historia oficial es una historia imperativa de los poderes ideológicos establecidos y la memoria social implica y evoca el recurso a otra historia que subterráneamente pone en entredicho los poderes establecidos (Schmucler, 2002; Sarlo, 2009; Piper Sharif, 2009; Ryan, 2010; Lira, 2012; Villa Gómez, 2013, 2014; Blair, 2016; Pearce, 2016).

Moreno Luzón (1999), en el contexto de investigación sobre el holocausto y el nacional socialismo, pone en evidencia que el estatuto epistemológico de la historia no es tan sólido

como se quiere presentar en las discusiones sobre historia y memoria. Si bien en la historia hay unos métodos y unos procesos de contratación y hay intención de verdad, no desaparece el sujeto que hace la historia, con su ideología, su política y sus puntos de vista (Ricoeur, 2003; Laffond, 2015).

En este sentido, se destaca el texto de Bianchi (2006), que presenta la necesidad de una memoria que pueda presentar otras versiones de la historia, de la dictadura, de la democracia, diferentes a la historia oficial que no ha logrado revertir totalmente los relatos contruidos por la derecha hegemónica. Esto, como una forma de reivindicar las historias, los relatos, los dolores y las luchas de los vencidos y las víctimas; en este sentido, la memoria es portadora de luchas sociales y reivindicaciones históricas, con las cuales la historia debe involucrarse como disciplina (Domenech, 2009; Blair, 2016).

Por su parte, Martín-Baró (1983); Schmucler (1987); Piper Sharif (2003); Gaborit (2006, 2007); Mendoza García (2007, 2015); Sánchez (2007); Pastoriza (2009); Lorenz, Marchesi, Stern y Winn (2016); Villa Gómez (2013); Avendaño (2017) y otros autores latinoamericanos reafirman la vocación "subversiva" y liberadora de la memoria. Afirman que esta recoge los relatos, las narraciones y las vivencias de las clases oprimidas, de los excluidos, de las víctimas, quienes plantean una versión alternativa que disputa sentidos de interpretación de las representaciones del pasado a la historia oficial. En este sentido, dichos autores plantean que tanto la memoria como la historia pueden ser vehículos para legitimar el poder; pero que, cuando se habla de "memoria", como categoría conceptual, se la quiere diferenciar de la historia/memoria oficial y, por tanto, permite la emergencia de otras formas de comprender la colectividad, las relaciones sociales, la organización política, social y cultural, la cotidianidad y la vida misma.

De otro lado, Jensen (2004) dirá que cuando la memoria está vinculada al trauma social y a la lucha contra el terrorismo de Estado, los poderes establecidos, y por la vigencia de los derechos humanos ha dejado de ser un objeto de la historia, y los historiadores han jugado un papel marginal en este escenario. Por esta razón, la autora afirma que, aun cuando el papel del historiador sea diferente al del testigo y al de juez, tiene un papel fundamental en estos procesos, como aporte a la construcción de un conocimiento, que debe entrar en relación con otros saberes, comprendiendo la memoria como una narrativa susceptible de ser objetivada por otras disciplinas sociales, con una vocación emancipadora:

El interés de los historiadores por los modos en que el pasado es narrado, representado, transmitido, confrontado y cristalizado obliga a responder a las preguntas: quiénes recuerdan (actores sociales), por qué recuerdan (móviles e intereses), de qué modo recuerdan (historias, relatos, monumentos, conmemoraciones) y en qué circunstancias (juegos de poder y luchas por la memoria), analizando contenidos, actores y vectores en un horizonte de verdad, sin acallar las voces de los testigos y los conmemoradores... (Jensen, 2004, p. 22).

Este punto de vista, más sistémico, coincide con afirmaciones similares realizadas desde otras disciplinas: Jelin (2003, 2014) y Olick (2008), Martínez Mora y Silva Briceño (2013) desde la sociología; Gaborit (2006, 2007), Piper (2003, 2009) y Lira (2009, 2010, 2012) desde la psicología. En síntesis, la historia como disciplina no puede rehuir a la tarea de abordar la memoria como producción social, cultural y política de un grupo determinado en un tiempo concreto, sobre situaciones y hechos específicos.

Discusión final: la memoria como problema multi, inter y transdisciplinar

Como se expuso en el último apartado, hay una necesidad en el reconocimiento de la memoria colectiva como un problema de abordaje multidisciplinar, por lo cual se requieren o bien investigaciones interdisciplinarias (Jelin, 2003; Wang, 2008; Jansen, 2007; Campbell, 2008; Rigney, 2008; Brown, 2008; entre otros) o transdisciplinarias (Morin, 1993; Olick & Robbins, 1998; Cuesta, 1998; Vásquez, 2001; Olick, 2007a; Till, 2008). Sin embargo, y a pesar de esta claridad epistémica, las investigaciones siguen realizándose, en su gran mayoría, de manera separada en cada disciplina de las ciencias sociales.

Según esto, los estudios de memoria social son transdisciplinarios y, por tanto, una empresa no paradigmática (Olick, 2007c). Ello implica una mirada de diálogo, pasando desde la disciplina al lugar de la interdisciplinariedad; porque, al revisar la producción académica sobre este vasto tema, no hay definiciones, métodos ni formas de estudio que hayan podido encuadrarse en una disciplina; no hay un solo campo de estudio, sino múltiples campos. Para el autor (Olick, 2007c), se ha abierto un subcampo de estudio en ciencias sociales en general y en sociología en particular.

Para Bakieva (2007), la memoria implicaría no solamente un campo de estudio, sino también una nueva disciplina, a la cual llama "mnemología". En términos teóricos, el autor propone una ciencia de la memoria, de carácter transdisciplinar, centrada en la manera como se transmiten las representaciones del pasado entre los individuos y en los colectivos: los códigos socioculturales, los mecanismos simbólicos, la tradición, los objetos, la industria cultural de la memoria, etc. Acepta, por tanto, que puede haber un acercamiento histórico, sociológico, cultural y existencial al problema de la memoria social. A esto se suma Ronit Sturken (2008), Lentin (2009), Samanes y Quiroga (2015) y Feld (2016).

Por su parte, Sue Campbell (2008) afirma que se deben borrar los límites y fronteras entre los estudios y los conceptos de memoria individual y memoria colectiva (compartida o interpersonal o grupal). Para esta autora, se trata de lo mismo (narrativas, productos culturales que circulan y tienen significado) en diferentes niveles (Wang, 2008; Bakhurst, 2000; Paolicchi, 2000; Olick, 2007; Wertsch & Roediger III, 2008; Mendoza García, 2015); por eso, afirma que los estudios de memoria deben ser necesariamente interdisciplinarios. Por tanto, es necesario analizar la memoria en niveles de producción y en un lugar de interacción del individuo con la sociedad desde una perspectiva dialéctica.

De otro lado, Paolicchi (2000), Rosa, Belleli y Bakhurst (2000), Jansen (2007), Campbell (2008), Olick (2008), Roediger III & Wertsch (2008), Sacavino (2015), Blair (2016) y Feld (2016), pero también Martín-Baró (1998), desde un enfoque dialéctico, dirán que la memoria se estudia en el sujeto que habla y actúa, un sujeto que es producido por estructuras sociales, culturales, históricas, pero que también actúa y produce estas estructuras, una memoria que es producida por relaciones de poder e interjuego de fuerzas en la sociedad, pero que también está delimitada por los hechos históricos (Martínez Mora y Silva Briceño, 2013). Es decir, el lugar bisagra entre el individuo y la sociedad, entre la invención o la reconstrucción y la recuperación o la reproducción: un enfoque psicosocial con mirada transdisciplinar (Villa Gómez, 2014).

Desde este enfoque, varios autores intentan definir algunas líneas mayores de investigación. Roudometof (2003) plantea que existen dos grandes líneas de trabajo e investigación de la memoria en ciencias sociales: la que se ocupa de los procesos de identidad colectiva y nacional, haciendo énfasis en rituales, conmemoraciones, y brinda interpretaciones específicas del pasado, y la que aborda los recuerdos en contextos de violencia extrema, partiendo de los trabajos

sobre el holocausto. De otro lado, Olick (2007b) identifica cuatro campos posibles de estudios de memoria:

1. Estudios sobre identidad en la sociología del discurso.
2. Aproximaciones procesuales y narrativas a la historia: narrativas históricas.
3. Aproximación a los conflictos entre memoria oficial y memorias emergentes.
4. Estudios sobre prácticas, lugares, procesos y su lugar central en la vida moderna y posmoderna.

Jansen (2007), por su parte, propone tres grandes líneas de investigación:

1. Estudios sobre la memoria en la vida cotidiana.
2. Estudios sobre el desarrollo de las memorias nacionales.
3. Trabajos sobre las políticas de la memoria, en los que integra algunos subtemas:
 - Estudios de monumentos, memoriales y museos.
 - Estudios sobre conmemoraciones y rituales.
 - Recuerdo de eventos significativos para el grupo social.
 - Reputación de figuras públicas: héroes y personajes relevantes para el grupo social.

Todos estos estudios suelen argumentar que la memoria es un objeto cultural cuyos sujetos realizan los trabajos de memoria, como agentes (Schwartz, 1996; Zelizer, 1995; Vásquez, 2001; Mendoza García, 2015) o emprendedores de memoria (Jelin, 2003, 2014), gente con la habilidad para reconstruir el pasado, que participan con frecuencia en las "batallas por la memoria" sobre cómo interpretar el pasado, quiénes podrían ser recordados y la forma como pueden constituirse las narrativas históricas (Jaramillo Marín, 2012; Martínez Mora y Silva Briceño, 2013; Blair, 2016).

Finalmente, y también desde un enfoque dialéctico, sistémico, transdisciplinar e interaccional, Rabotnikof (2010) diferencia tres

grandes líneas de trabajo e investigación sobre memoria colectiva, que identifican tres funciones o registros macrosociales de la misma: el registro o función identitaria, coincidente con las dos primeras líneas que propone Jansen (2007) y con las dos primeras que propone Olick (2007). Una segunda gran línea de investigación que define un marco de intervención se centra en la función o registro resistente de la memoria, que coincide con la tercera línea que propone Jansen (2007) y la tercera y la cuarta de Olick (2007).

Teniendo en cuenta esto, es necesario evidenciar el urgente llamado a las diferentes disciplinas de las ciencias sociales y humanas que abordan la memoria como problema de estudio y de investigación a incursionar en procesos investigativos y académicos en los que se establezca un diálogo interdisciplinar y donde la memoria sea abordada no de manera separada, sino integralmente, ligada siempre a las luchas de los grupos subalternos y oprimidos para reivindicar su propia historia y sus procesos de lucha contra la dominación, la opresión, la explotación, la exclusión y la violencia.

Referencias bibliográficas

- Acosta Bono, G., Del Río, A. y Valcuende, J. M. (Coords.). (2008). *La recuperación de la memoria histórica. Una perspectiva transversal desde las ciencias sociales*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Agamben, G. (2009). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. 2.ª ed. Valencia: Pre-Textos.
- Álvarez, S. (2013). Las ciencias sociales y la comunicación para la paz en contextos en que persiste la violencia. En Castillejo, A. y Reyes, F. L. (Eds.). *Violencia, memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual* (pp. 459-469). Bogotá: Ediciones USTA.

- Anderson, B. (1983) *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Anrup, R. (2016). Mnemosyne, Díke y Bía: memoria, justicia y violencia. En Arrieta Burgos, E. (Comp.). *Conflicto armado, justicia y memoria. Tomo I: Teoría crítica de la violencia y prácticas de memoria y resistencia* (pp. 83-121). Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Aponte Otálvaro, J. E. (2013). Estrategias enunciativas y control discursivo del pasado: violencia y memoria en la enseñanza de las ciencias sociales en Colombia. En Castillejo, A. y Reyes, F. L. (Eds.). *Violencia, memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual* (pp. 427-440). Bogotá: Ediciones USTA.
- Armstrong, E. & Crag, S. (2006). Movements and Memory: The Making of the Stonewall Myth. *American Sociological Review*, 71(5), pp. 724-751.
- Aróstegui, J. (2004). Retos de la memoria y trabajos de la historia. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3, pp. 5-58.
- Assmann, J. (2008). *Religión y memoria cultural: diez estudios*. Buenos Aires: Ediciones Lilmod.
- Avendaño, C. (2017). Memoria y militancia en riesgo. La cura y la educación en actores "contra-hegemónicos". *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 17(1), pp. 289-314.
- Bacci, C., Oberti, A. y Skura, S. (2016). La vitalidad del testimonio acerca de la experiencia del Archivo Oral en Memoria Abierta. *Cambios y Permanencias*, 3, pp. 34-48.
- Baer, A. (2011). The Voids of Sepharad: The Memory of the Holocaust in Spain. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 12(1), pp. 95-120.
- Bakhurst, D. (2000). Memoria, identidad y psicología cultural. En Rosa Rivero, A., Belleli, G. y Bakhurst, D. (Eds.). *Memoria colectiva e identidad nacional* (pp. 91-105). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Bakieva, G. (2007). *Social Memory and Contemporaneity*. Washington, D.C.: National Academy of the Kyrgyz Republic & The Council for Research in Values and Philosophy.
- Bar-Tal, D. (2003). Collective Memory of Physical Violence: Its Contribution to the Culture of Violence. En Cairns, E. & Roe, M. D. *The Role of Memory in Ethnic Conflict* (pp. 77-92). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts. Socio-Psychological Foundations and Dynamics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Barrero, E. (2008). *De Macondo a Mancuso: conflicto, violencia y guerra psicológica*. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre Martín-Baró.
- Barrero, E. (2010). *Estética de lo atroz: de los pájaros azules a las águilas negras*. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre Martín-Baró.
- Barros, C. (2014). Historia, memoria y franquismo. *Historia Actual Online*, 33, pp. 157-171.
- Bartosek, K. (1998). Los regímenes poscomunistas y las memorias del tiempo presente. *Revista Ayer*, 32, pp. 105-118.
- Bauman, Z. (1989) *Modernidad y holocausto*. 4.ª ed. Madrid: Ediciones Sequitur.

- Bell, D. S. A. (2003). *Mythscapes: Memory, Mythology and National Identity*. *British Journal of Sociology*, 54(1), pp. 63-81.
- Bianchi, M. C. (2006). *Memoria histórica, desarrollo y democracia en Chile 1973-2003*. Ponencia en el XII Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Santander, 28 de septiembre.
- Bischoping, K. & Kalmin, A. (1999). Public Opinion about Comparisons to the Holocaust. *Public Opinion Quarterly*, 63(4), pp. 485-507.
- Blair, E. (2016). Memoria y poder: (des) estatalizar las memorias y (des)centrar el poder del Estado. *Universitas Humanística*, 72(72), pp. 63-87.
- Bokser Misses-Liwerant, J. (2017). Holocausto, modernidad, memoria. Nuevas reflexiones críticas en torno a Bauman. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 62(230), pp. 339-358.
- Brittan, D. (1998). Historia pública y memoria pública. *Revista Ayer*, 32, pp. 147-162.
- Brown, S. D. (2008). The Quotation Marks Have a Certain Importance: Prospects for a 'Memory Studies'. *Memory Studies*, 1(3), pp. 261-271.
- Bustos, G. (2010). La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria. Presentación del dossier "Memoria, historia y testimonio en América Latina". *Historia Crítica*, 40, pp. 10-19.
- Calise, S. (2011). El concepto de memoria social como problema para la teoría de sistemas sociales. *Cinta de Moebio*, 42, pp. 261-275. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2011000300003>.
- Campbell, S. (2008). The Second Voice. *Memory Studies*, 1(1), pp. 41-49.
- Campos Sánchez, L. (2001). *Habla indirecta y perspectivismo en el estudio de la memoria de conversaciones: investigaciones desde la psicología del testimonio*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Castillejo Cuéllar, A. (2010). Iluminan tanto como oscurecen: de las violencias y el testimonio en la Colombia actual. En Barrero, E. (Ed.) y Jaime Salas, J. R. (Comp.). *Memoria, silencio y acción psicosocial: reflexiones sobre por qué recordar en Colombia* (pp. 21-60). Bogotá: Ediciones Cátedra Libre Martín Baró.
- Castillejo Cuéllar, A. (2013). La ilusión de la palabra que libera: hacia una política del testimoniar en Colombia. En Castillejo, A. y Reyes, F. L. (Eds.): *Violencia, memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual* (pp. 21-39). Bogotá: Ediciones USTA.
- Castillo Rodríguez, S. (2000). *Memoria, educación e historia: el caso de los niños españoles evacuados a la Unión Soviética durante la guerra civil*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Chartier, R. (2017). El presente del pasado. Historia, memoria, literatura. *Revista Austral de Ciencias Sociales* 31, pp. 167-175. Recuperado de <http://revistas.uach.cl/index.php/racs/article/view/609>.
- Cohen, E. (2006). *Los narradores de Auschwitz*. México, D. F: Editorial Fineo.
- Cole, J. (2004). Painful Memories: Ritual and the Transformation of Community Trauma. *Culture Medicine and Psychiatry*, 28(1), pp. 87-105.
- Colmeiro, J. (2005). *Memoria histórica e identidad cultural: de la posguerra a la posmodernidad*. Barcelona: Anthropos.

- Connerton, P. (2009). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cuesta, J. (1998). Memoria e historia: un estado de la cuestión. *Revista Ayer*, 38, pp. 203-246.
- Del Águila, R. (2006). Desmemoria y rememoración: la guerra y el franquismo hoy. *Historia y Política*, 16, pp. 183-208.
- Domenech, X. (2009). El asalto al olvido. Entre el poder y la sociedad. En Vinyes, R. (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 17-66). Barcelona: RBA Libros.
- Douglas, M. (1986). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Durkheim, E. (1912/1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- Erice, F. (2006). Combates por el pasado y apologías de la memoria, a propósito de la represión franquista. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 6, pp. 1-30.
- Erl, A. (2012). *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales-CESO, Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales.
- Faúndez, X. y Hatibovic, F. (2016). La metáfora del viaje del héroe en la narración de nietos de ex presos políticos: la postmemoria de la prisión política y tortura en Chile. *Revista de Estudios Sociales*, 56, pp. 104-115.
- Feld, C. (2016). Trayectorias y desafíos de los estudios sobre memoria en Argentina. *Estudios sobre memoria. Situación, dificultades, emergentes. Cuadernos del IDES*, 32, pp. 4-21.
- Fonseca, A. V. (2015). Los procesos de memoria tras la dictadura cívico-militar en Uruguay. *Artificios Revista*, 2, pp. 1-26.
- Gaborit, M. (2006). Memoria histórica: revertir la historia desde las víctimas. En Gómez Isa, F. *El derecho a la memoria*. Bilbao: Giza Eskubideak.
- Gaborit, M. (2007). Recordar para vivir: el papel de la memoria histórica en la reparación del tejido social. *Revista ECA*, 62(701), pp. 203-213.
- Gentile, M. B. (2015). El recuerdo del "mal": historizar la memoria. *El Ágora USB*, 15(2), pp. 365-374.
- Goldhagen, D. J. (1997). *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto*. Madrid: Taurus.
- González, M. (2006). Apuntes para un método de análisis mnemónico intergeneracional sobre la guerra civil. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 6, pp. 1-19. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d014.pdf>.
- Habermas, J. (1988). *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- Halbwachs, M. (1925/1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Albin Michel.
- Halbwachs, M. (1950/2008). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hammack, P. L. & Pilecki, A. (2015). Power in History: Contrasting Theoretical Approaches to Intergroup Dialogue. *Journal of Social Issues*, pp. 371-385.
- Hobsbawm, E. (1983). Mass-Producing Traditions: Europe, 1870-1914. En

- Hobsbawm, E. & Ranger, T. (Eds.). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. & Rangers, T. (Eds.). (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Huyssen, A. (2002). En busca del futuro perdido. México, D. F./Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jansen, R. (2007). Resurrection and Appropriation: Reputational Trajectories, Memory Work and the Political Use of Historical Figures. *American Journal of Sociology*, 112(4), pp. 953-1007.
- Jaramillo Marín, J. (2012). Los fundamentos de una política de la justa memoria. *Estudios Políticos*, 46, pp. 41-59. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=379837132004>.
- Jedlowski, P. (2000). La sociología y la memoria colectiva. En Rosa Rivero, A., Belleli, G. y Bakhurst, D. (Eds.). *Memoria colectiva e identidad nacional* (pp. 123-134). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jedlowski, P. (2001). Memory and Sociology: Themes and Issues. *Time and Society*, 10(1), pp. 29-44.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Serie Memorias de la Represión, tomo I. Buenos Aires/Madrid: Siglo XXI Editores.
- Jelin, E. (2003). *Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).
- Jelin, E. (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. *Clepsidra*, 1, pp. 140-163.
- Jelin, E. y Kaufman, S. (2006). Diálogos intergeneracionales en un grupo de investigación sobre memorias: algunas reflexiones. En Jelin E. y Kaufman, S. (Eds.). *Subjetividad y figuras de la memoria* (pp. 183-196). Madrid: Siglo XXI Editores.
- Jensen, S. I. (2004). *Suspendidos de la historia. Exiliados de la memoria: el caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1976)*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Juliá, S. (2003). Echar al olvido: memoria y amnistía en la transición. *Claves de la Razón Práctica*, 129, pp. 14-25.
- Kammen, M. (1994). Review of Frames of Remembrance. The Dynamics of Collective Memory. By Irving Zarecka, I. *History and Theory*, 34(3), pp. 245-261.
- Kansteiner, W. (2002). Finding Meaning in Memory: A Metodological Critique of Collective Memory Studies. *History and Theory*, 41, pp. 179-197.
- Kansteiner, W. (2008). On Passivity and Psychology in the Study of German Collective Memory. *History and Theory*, 47, pp. 573-583.
- Kitch, C. (2008). Placing Journalism inside Memory and Memory Studies. *Memory Studies*, 1(3), pp. 311-320.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Kruger, M. (2016). La enseñanza de la historia reciente como herramienta clave de la educación política. Narrativas escolares y memorias sociales del pasado dictatorial argentino en las representaciones de jóvenes estudiantes de la Ciudad de Buenos Aires y conurbano (2010-2011). *Persona y Sociedad*, 25(3), pp. 29-52.

- Laffond, J. C. R. (2015). Monumentalización del pasado, historiografía y memoria mediática: el holocausto y la transición española. *Historia Actual Online*, 38, pp. 71-85.
- Le-Goff, J. (1991). *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Lentin, R. (2009). Memories for the Future. *International Sociology*, 24(2), pp. 173-184.
- Lira, E. (2007). Los Estados y la memoria. Chile: dilemas de la memoria política. Ponencia en Memorial Democrático, Barcelona.
- Lira, E. (2009). La resistencia de la memoria: olvidos jurídicos y memorias sociales. En Vinyes, R. (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 67-115). Barcelona: RBA Libros.
- Lira, E. (2010a). *Memoria y convivencia democrática: políticas de olvido y memoria*. San José, Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Lira, E. (2010b). Trauma, duelo, reparación y memoria. *Revista de Estudios Sociales*, 36, pp. 14-28.
- Lira, E. (2012). Las víctimas testigos históricos sujetos de justicia. El testimonio de experiencias políticas traumáticas: terapia, denuncia y memoria. En Rapacci Gómez, M. L. (Ed.). *Reflexiones urgentes en torno a la violencia sociopolítica y el malestar ético* (pp. 29-48). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Lorenz, F., Marchesi, A., Stern, S. J. y Winn, P. (2016). *No hay mañana sin ayer: batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Loveman, B. y Lira, E. (1999). *Las suaves cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política 1814-1932*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Lowenthal, D. (1988). *The Past is a Foreign Country*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Martín Beristain, C. (2008). Memoria colectiva y reconstrucción de sociedades fracturadas por la violencia. En Romero, M. (Ed.) *Verdad, memoria y reconstrucción: estudios de caso y análisis comparado*. Bogotá: Centro Internacional de Justicia Transicional (ICTJ).
- Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. Tomo I. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1998). *Presupuestos psicosociales del carácter*. En Blanco, A. (Comp.). *Psicología de la liberación* (pp. 39-72). Madrid: Trotta.
- Martínez Mora, N. y Silva Briceño, O. (2013). Instituciones de memoria sobre el conflicto armado colombiano y su papel en la producción de iniciativas y constitución discursiva de sujetos. En Castillejo, A. y Reyes, F. L. (Eds.). *Violencia, memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual* (pp. 441-458). Bogotá: Ediciones USTA.
- Mastropaolo, J. (2016). Memorias de las dictaduras, memorias de la crisis del capital. *Rumbos TS*, 8, pp. 119-127.
- Maura, E. (2016). Imagen, sueño y política de Freud a Benjamin. En Arieta Burgos, E. (Comp.). *Conflicto armado, justicia y memoria. Tomo I: Teoría crítica de la violencia y prácticas de memoria y resistencia* (pp. 67-82). Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

- Maya, M. (2010). La memoria como constituyente de identidad social y colectiva. En Barrero, E. (Ed.) y Jaime Salas, J. R. (Comp.). *Memoria, silencio y acción psicosocial: reflexiones sobre por qué recordar en Colombia* (pp. 199-224). Bogotá: Ediciones Cátedra Libre Martín Baró.
- Mead, G. H. (1929). La naturaleza del pasado. *Revista de Occidente*, 100, pp. 51-62.
- Melendo Carrascón, M. J. (2013). Los monumentos contemporáneos frente al desafío de lo irrepresentable: Berlín y la memoria del holocausto. En Bresciano Lacava, J. A. (Comp.). *La memoria histórica y sus configuraciones temáticas. Una aproximación interdisciplinaria* (pp. 349-366). Montevideo: Cruz del Sur.
- Mendoza García, J. (2005). Exordio a la memoria colectiva y al olvido social. *Athenea Digital*, 8, pp. 1-26. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/viewFile/39149/39011>.
- Mendoza García, J. (2007). Sucinto recorrido por el olvido social. *Revista Polis*, 3(2), pp. 129-159.
- Mendoza García, J. (2015). *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia*. México, D. F.: Universidad Pedagógica Nacional.
- Middleton, D. & Edwards, D. (1990). Conversational Remembering: A Social Psychological Approach. En Middleton, D. & Edwards, D. (Eds.). *Collective Remembering*. Londres: Sage Publications.
- Misztal, B. (2003). *Theories of Social Remembering*. Maidenhead: Open University Press.
- Montalbetti Solari, M. (2013). El lugar del arte y el lugar de memoria. En Bresciano Lacava, J. A. (Comp.). *La memoria histórica y sus configuraciones temáticas. Una aproximación interdisciplinaria* (pp. 243-256). Montevideo: Cruz del Sur.
- Moreno Luzón, J. (1999). El debate Goldhagen: los historiadores, el holocausto y la identidad nacional alemana. *Revista de Historia y Política*, 1, pp. 135-159.
- Morin, F. (1993). Prácticas antropológicas e historias de vida. En Marinas, J. M. y Santamarina, C. (Eds.) *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate.
- Námer, G. (1998). Antifascismo y la "memoria de los músicos" de Halbwachs. *Revista Ayer*, 32, pp. 35-56.
- Norá, P. (1997). *Les lieux de mémoire*. Vols. I, II, III. París: Gallimard.
- Norá, P. (1998). La aventura de los "Lieux de mémoire". *Revista Ayer*, 32, pp. 17-34.
- Oberti, A. (2008). Memorias y testigos: una discusión actual. *Políticas de la Memoria*, 8/9, pp. 1-22.
- Oberti, A., Bacci, C. y Skura, S. (2010). Es ahora: el testimonio acerca del pasado reciente argentino. Ponencia presentada en las VI Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional La Plata, 9 y 10 de diciembre. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5045/ev.5045.pdf.
- Olick, J. (1998). Memoria colectiva e historicidad. *Revista Ayer*, 32, pp. 119-145.
- Olick, J. (2007a). Collective Memory and Nonpublic Opinion: A Historical Note on a Methodological Controversy about a Political Problem. *Symbolic Interaction*, 30(1), pp. 41-55.
- Olick, J. (2007b). Collective Memory: A Memoir and Prospect. *Memory Studies*, 1(1), pp. 19-25.

- Olick, J. (2007c). Collective Memory. *International Encyclopedia of the Social Sciences*. 2nd. ed. Recuperado de www.gale.cengage.com/iess/content.htm.
- Olick, J. (2008). The Ciphered Transits of Collective Memory: Neofreudian Impressions. *Social Research*, 75(1), pp. 1-22.
- Olick, J. & Robbins, J. (1998). Social Memory Studies: From "Collective Memory" to the Historical Sociology of Mnemonic Practices. *Annual Review of Sociology*, 24, pp. 105-140.
- Ortiz Heraz, M. (2006). Memoria social de la guerra civil: la memoria de los vencidos, la memoria de la frustración. *Revista HAOL*, 10, pp. 179-198.
- Palacios Mena, N. (2017). Memoria y violencia: un recorrido por algunas reflexiones y perspectivas. *Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas*, 17(32), pp. 209-228.
- Paolicchi, P. (2000). Recordar y relatar. En Rosa Rivero, A., Belleli, G., Bakhurst, D. *Memoria colectiva e identidad nacional* (pp. 279-306). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pasol, B. M. (2014). ¿Hacia una "nueva época" en los estudios de memoria social? Towards a "New Era" in Social Memory Studies? *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 59(221), pp. 291-316.
- Passerini, L. (1992). *Memory and Totalitarianism*. Oxford: Oxford University Press.
- Pastoriza, L. (2009). Hablar de memorias en Argentina. En Vinyes, R. (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 291-239). Barcelona: RBA Libros.
- Pearce, J. (2016). The Past is Not History: Co-constructing an Historiography of Resistances in El Salvador. En Arrieta Burgos, E. (Comp.). *Conflicto armado, justicia y memoria. Tomo I: Teoría crítica de la violencia y prácticas de memoria y resistencia* (pp. 125-156). Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Piper Sharif, I. (2003). The Blurring of Criticism: Notes on Dissident. *Critical Psychology in Latin American*, 9, pp. 125-142.
- Piper Sharif, I. (2009). Investigación y acción política en prácticas de memoria colectiva. En Vinyes, R. (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 151-172). Barcelona: RBA Libros.
- Quintar, E. (2015). Memoria e historia desafíos a las prácticas políticas de olvido en América Latina. *El Agora USB*, 15(2), pp. 375-391.
- Rabotnikof, N. (2010). Memoria pública, espacio público y sociedad civil. Ponencia presentada en el Seminario "Derecho y memoria histórica: justicia transicional, políticas públicas y ciudadanía". Universidad Carlos III de Madrid.
- Ramos, A. (2011). Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad. *Alteridades*, 21(42), pp. 115-130.
- Reyes Andreani, M. J. (2009). *Políticas de memoria como producción cotidiana: la despolitización y la privatización del pasado reciente en el Chile actual*. Tesis doctoral en Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.

- Rigney, A. (2008). Divided Pasts: A Premature Memorial and the Dynamics of Collective Remembrance. *Memory Studies*, 1(1), pp. 89-98.
- Rodrigo, J. (2006). La guerra civil: "memoria", "olvido", "recuperación" e instrumentación. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 6. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es>.
- Rodríguez Jiménez, J. L. (2000). El debate en torno a David Irving y el negacionismo del holocausto. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22, pp. 375-385.
- Rosa, A., Belleli, G. y Bakhurst, D. (2000). Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional. En Rosa Rivero, A., Belleli, G. y Bakhurst, D. (Eds.). *Memoria colectiva e identidad nacional* (pp. 41-87). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rosa, A., Blanco, F., Travieso, D. y Huertas, J. (2000). Imaginando historias de España en el tiempo de unas elecciones generales. En Rosa Rivero, A., Belleli, G. y Bakhurst, D. (Eds.) *Memoria colectiva e identidad nacional* (pp. 349-384). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Roudometof, V. (2003). Beyond Commemoration: The Politics of Collective Memory. *Journal of Political & Military Sociology*, 21(2), pp. 161-169.
- Ruiz Torres, P. (2007). Los discursos de la memoria histórica en España. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7, pp. 1-30. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es>
- Ryan, L. (2010). Memory, Power and Resistance: The Anatomy of a Tripartite Relationship. *Memory Studies*, 4(2), pp. 154-169. DOI: 10.1177/1750698010366502.
- Sacavino, S. (2015). Pedagogía de la memoria y educación para el "nunca más" para la construcción de la democracia. *Revista Folio*, 41, pp. 69-85.
- Samanes, C. y Quiroga, A. (2015). Memoria y memoriales. Las baldosas en Argentina como expresión de las memorias resistentes. *Tela de Juicio*, 1, pp. 113-122.
- Sánchez González, E. G. (2015). Las batallas por las memorias en América Latina. Aproximación a las experiencias de Colombia y Chile a partir de estudios de casos. *PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, 20, pp. 233-257.
- Sánchez, G. (2007). Retos de la verdad y la memoria en medio del conflicto. En Bleeker, M. (Ed.). *El legado de la verdad: impacto de la justicia transicional en la construcción de la democracia en América Latina*. Bogotá: Centro Internacional de Justicia Transicional (ICTJ).
- Sarlo, B. (2009). Vocación de memoria. Ciudad y museo. En Vinyes, R. (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 17-66). Barcelona: RBA.
- Schmucler, H. (2002). La memoria incierta. En Feld, C. (Ed.). *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los excomandantes en Argentina*. Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Schwartz, B. (1982). The Social Context of Commemoration: A Study in Collective Memory. *Social Forces*, 61, pp. 374-402.
- Schwartz, B. (1996). Memory as a Cultural System: Abraham Lincoln in World War II. *American Sociological Review*, 61(5), pp. 908-927.

- Schwartz, B. (2000). *Abraham Lincoln and the Forge of National Memory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Schwartz, B. (2016). Rethinking the Concept to Collective Memory. En Tota, A. L. & Hagen, T. (Eds.). *Routledge International Handbook of Memory Studies* (pp. 9-21). Nueva York: Routledge.
- Sepúlveda, M., Sepúlveda, A., Piper Sharif, I. y Troncoso, L. (2015). Lugares de memoria y agenciamientos generacionales: lugar, espacio y experiencia. *Última Década*, 23(42), pp. 93-113.
- Siegel, M. (2002). History is the Opposite of Forgetting: The Limits of Memory and the Lessons of History in Interwar France. *The Journal of Modern History*, 74, pp. 770-800.
- Sorek, T. (2011). The Quest for Victory: Collective Memory and National Identification among the Arab-Palestinian Citizens of Israel. *Sociology*, 45(3), pp. 464-479.
- Sturken, M. (2008). Memory, Consumerism, and Media: Reflections on the Emergence of the Field. *Memory Studies*, 1(1), pp. 73-78.
- Sutton, B. (2015). Terror, testimonio y transmisión: voces de mujeres sobrevivientes de centros clandestinos de detención en Argentina (1976-1983). *Mora (Buenos Aires)*, 21(1). Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2015000100001.
- Theidon, K. (2006). Los encapuchados: enfrentando el pasado en el Perú. En Jelin, E. y Kaufman, S. (Comps.). *Subjetividad y figuras de la memoria* (pp. 157-182). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Thompson, P. (1988). *La voz del pasado: historia oral*. Valencia: Ediciones Alfonso Magnánim.
- Till, K. (2008). Artistic and Activist Memory Work: Approaching Placed-based Practice. *Memory Studies*, 1(1), pp. 99-113.
- Todorov, T. (1995). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Traverso, E. (1997). *La historia desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder.
- Vásquez, F. (2001). *La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Velasco Mesa, C. (2017). Historia y memoria: un mismo combate. Aportaciones epistemológicas de la historia a debates a las controversias acerca de la memoria histórica. *Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano*, 13(33), pp. 120-141.
- Vidal-Naquet, P. (1996). *Los judíos, la memoria y el presente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vidal-Naquet, P. (2005). *Les assassins de la mémoire. "Un Eichmann de papier" et autres essais sur le révisionnisme*. París: La Decouverte.
- Villa Gómez, J. D. (2009). La memoria como territorio en disputa y fuente de poder: un camino hacia la dignificación de las víctimas y la resistencia no violenta. En Centro Internacional de Justicia Transicional (ICTJ). *Recordar en conflicto. Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá: Autor.
- Villa Gómez, J. D. (2013). Memoria histórica desde las víctimas del conflicto armado: construcción y reconstrucción del sujeto

- político. *Revista Kavilando*, 5(1), pp. 11-23.
- Villa Gómez, J. D. (2014). *Recordar para reconstruir*. Medellín: Editorial Bonaventuriana.
- Villa Gómez, J. D. y Avendaño Ramírez, M. (2017). Memoria colectiva: aproximación a un estado de la cuestión desde el socio-cognitismo y el socioconstruccionismo. *Revista ECA*, 72(750), pp. 247-276.
- Villa Gómez, J. D. y Barrera Machado, D. (2017). Registro identitario de la memoria. Políticas de la memoria e identidad nacional. *Revista Colombiana de Sociología*, 40(suplemento 1), pp. 149-172.
- Wang, Q. (2008). On the Cultural Constitution of Collective Memory. *Memory*, 16(3), pp. 305-317.
- Wertsch, J. & Roediger III, H. (2008). Collective Memory: Conceptual Foundations and Theoretical Approach. *Memory*, 16(3), pp. 318-326.
- Winter, J. (2006). *Remembering War: The Great War, between Memory and History in the Twentieth Century*. New Haven: Yale University Press.
- Wittlinger, R. (2007). No Future for Germany's Past? Collective Memory and German Foreign Policy. *German Politics*, 16(4), pp. 481-495.
- Yerushalmi, Y. H. (1982). *Zajor: la historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Anthropos.
- Ysás, P. (2009). El antifranquismo y la democracia. En Vinyes, R. (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 393-408). Barcelona: RBA Libros.
- Zaretsky, E. (2009). Collective Memory and Narrative: A Response to Etkind. *Constellations*, 16(1), pp. 201-204.
- Zelizer, B. (1995). Reading the Past against the Grain: The Shape of Memory Studies. *Critical Studies in Mass Communication*, 12, pp. 214-239.
- Zelizer, B. (2008). Why Memory's Work on Journalism does not Reflect Journalism's Work on Memory. *Memory Studies*, 1(1), pp. 79-87.
- Zembylas, M. & Bekerman, Z. (2008). Education and the Dangerous Memories of Historical Trauma: Narratives of Pain, Narratives of Hope. *Curriculum Inquire*, 38(2), pp. 125-154.
- Zerubavel, E. (2003). *Time Maps: Collective Memory and the Social Shape of the Past*. Chicago: University of Chicago Press.
- Zerubavel, Y. (1997). *Recovered Root*. Chicago: The University of Chicago Press.